Domingo 26 C Iglesia del Hogar

Las Lecturas del Domingo

Lectura del profeta Amos 6, 1 a. 4-7

El profeta Amos les habla a aquellos que buscan su felicidad en el lujo y en la comunidad como quien piensa que disfrutar es lo único valedero en esta vida. Les anuncia que eran al cautiverio siendo deportados. También los modernos que buscan la felicidad exclusivamente en el bienestar entra en un cautiverio porque se hacen esclavos de sus sentidos y pierden la sensibilidad para la presencia de Dios y también de los pobres. Y serán también “deportados”: se alienan y se alejan de lo que verdaderamente hace feliz.

Lectura de la primera carta del apóstol San Pablo a Timoteo: 6, 11-16

Los cristianos siempre estamos en la espera de la avenida de nuestro Señor Jesucristo. Al mismo tiempo nos entrenamos a ser cada vez más sensibles a los signos de su presencia en nuestra vida en cada momento. Sabemos que - y ojalá fuéramos siempre conscientes de ello - que el Señor nos viene al encuentro en los acontecimientos del día y en las personas que encontramos. Esta sensibilidad nos ayudará en el combate de la fe.

Evangelio según San Lucas 16, 19-31

Puede ser dolorosa la meditación acerca de nuestra vida diaria tratando de descubrir los rasgos del rico epulón. Quizás necesitamos también hacernos siempre de nuevo conscientes que Lázaro está presente en muchas veces en nuestra vida. ¿Acaso no queremos ir al cielo al finalizar nuestra vida?

Reflexionemos los padres

Ya la Palabra de Dios del domingo pasado ha querido dirigir nuestra atención a la importancia que tienen los bienes materiales en nuestra vida. Este Evangelio le pone cara concreta al llamado de Dios de saber compartir. Pensemos un poco: ¿quiénes en nuestra vida diaria pueden llamarse Lázaro? Quizás no está sentado delante de nuestra puerta pero lo encontramos una y otra vez aunque sea solamente cuando miramos las noticias de la televisión. Recordemos también que el verdadero propietario de los bienes de este mundo es Dios aunque se trate de cosas que nos han costado trabajo y esfuerzo. Somos los administradores. Pidamos al Señor que nos ilumine en la administración de nuestros bienes.

En este mundo actual, con este escenario económico y social, la comunicación cristiana de bienes debe ser una exigencia para todos/as. Los necesitados y los pobres deben participar en los bienes de la creación, colaborando todos en su desarrollo y en su justa distribución. En una sociedad como la nuestra, socialmente desigual, culturalmente pluralista y religiosamente secular, es urgente y necesario hablar del destino universal de los bienes, a los que toda persona tiene derecho. Urge colaborar en un modelo más fraterno, más simétrico, más humano-divino, colaborando en la creación de bienes, su comunicación y, en su caso, exigir su justa distribución: cada uno según sus posibilidades, a cada uno según sus necesidades. Debemos contribuir a promover una cultura de comunión por encima de toda diferencia de raza, cultura o credo. Por lo tanto, la acción pastoral no puede prescindir de este gesto que sacramentaliza la comunión de la única Iglesia, que camina preparando la única mesa en común del Reino, donde todos/as se sienten en torno a Jesús el Señor. La comunicación cristiana de bienes es fermento de la nueva creación y se dispone a recorrer por la historia los caminos que conducen a la consumación, cuando el Hijo entregue el Reino al Padre, para alabanza de la gloria de su gracia.

Reflexionemos con los hijos

Siempre tenemos la fuerte inclinación de tener y guardar cosas porque nos dan seguridad y nos pueden ser útiles. Dios pone a nuestra disposición las cosas y debemos estar agradecidos por ellas. Tengamos presente que somos privilegiados en comparación con otros que viven en pobreza. Quizás conocemos a otros niños y jóvenes que tienen necesidades fuertes. El Señor quiere ayudarles a través nuestro. Y la mejor manera es hacerlo de una manera de que el otro no sepa de dónde viene la ayuda ni nos pueda agradecer. De esta manera verdaderamente somos conscientes que Dios nos utiliza y Él nos lo va a agradecer. Jesús dice que nos traerá el ciento por uno y la vida eterna.

Conexión eucarística

La celebración de la eucaristía hace patente cuanto Dios nos ama. Jesucristo no solamente nos bendice sino nos hace el regalo más grande que cualquiera persona pueda hacer: se entrega a sí mismo a cada uno de nosotros. Dejémonos contagiar.

Nos habla la Iglesia

progresiva y expansiva globalización. El riesgo de nuestro tiempo es que la interdependencia de hecho entre los hombres y los pueblos no se corresponda con la interacción ética de la conciencia y el intelecto, de la que pueda resultar un desarrollo realmente humano. Sólo con la caridad, iluminada por la luz de la razón y de la fe, es posible conseguir objetivos de desarrollo con un carácter más humano y humanizador. El compartir los bienes y recursos, de lo que proviene el auténtico desarrollo, no se asegura sólo con el progreso técnico y con meras relaciones de conveniencia, sino con la fuerza del amor que vence al mal con el bien (cf. Rm 12,21) y abre la conciencia del ser humano a relaciones recíprocas de libertad y de responsabilidad (Benedicto XVI, caritas in veritate 9).

Vivencia familiar

La familia agradece a Dios todos los días por los bienes y las peticiones que recibe de Él. También revisa cómo puede cuidar más y mejor los bienes a disposición: a orar electricidad apagando las luces no necesarias; tratando de no estropear las cosas al alcance; ser más cuidadosos también con los alimentos etcétera. Juntos reflexionamos también como podemos compartir nuestros bienes con los más necesitados. Existen familias donde cada uno se para una suma fija que después se entrega a los pobres de manera anónima.

Leamos la Biblia con la Iglesia

Lunes: Zac 8, 1-8; Job 1, 6-22; Lc 9, 46-50

Martes: Zac 8, 20-23; Job 3, 1-3. 11-17.20-23; Lc 9, 51-56

Miércoles: Neh 2, 1-8; Job 9, 1-12.14-16; Lc 9, 57-62

Jueves: Neh 8, 1-4 a. 5-6. 7b-12; Job 19.21-27; Lc 10.1-12

Viernes: Baruc 1, 15-22; Job 38.1. 12-21; 40, 3-5; Lc 10, 13-16

Sábado: Baruc 4, 5-12.27-29; Job 42, 1-3. 5-6. 12-16; Lc 10, 17-24.

Oraciones

Oración para pedir a Dios generosidad

Señor, enséñame a ser generoso,

a dar sin calcular,

a devolver bien por mal,

a servir sin esperar recompensa,

a acercarme al que menos me agrada,

a hacer el bien al que nada puede retribuirme

a amar siempre gratuitamente,

a trabajar sin preocuparme del reposo.

Y, al no tener otra cosa que dar

a donarme en todo y cada vez más

a aquel que necesita de mí

esperando solo de tí

la recompensa.

O mejor: esperando que Tú mismo

seas mi recompensa.

Amén